

UN SOLITARIO PASEA POR MADRID

Caminando por las calles y recordando una isla quizá imaginaria, el solitario, que acaba de regresar a su ciudad natal, llega a la Torre del Agua.

La isla crece a mi alrededor como una melodía.
 Va conmigo donde voy, me acompaña
 como un pensamiento, como una ola de tiempo y luz.
 A veces sueño que mis manos
 todavía están allí. Manos verdes, deslavazadas,
 transparentes,
 tocando puertas soñadas, reflejos en espejos enterrados.
 Dime, ¿qué es un espejo en una habitación cerrada?,
 ¿un recuerdo olvidado
 en la habitación oscura del pensamiento? ¡He perdido
 tantas
 cosas para siempre! Pero ahora camino por el leopardo
 de sol extendido en las aceras, a la sombra abstracta
 de las acacias, y mi tristeza ya no es como la de entonces,
 un deseo ácido de cosas intangibles. Es la nostalgia de
 haber perdido
 algo que jamás tuve. Es un saberse hundido
 hasta el fondo verde donde ya nada habita. Es desear
 volver.
 La isla vive conmigo. Arquitectura de mis ojos entre las
 ramas
 soleadas. Ramas como brazos de muchacha, bajo
 románticas
 bandadas de vencejos. Aquí y allá, distantes recuerdos.
 Lllamaradas.
 Una estatua blanca entre cipreses, y por encima una
 cuesta herbosa y empinada

y una antena gigantesca, sostenida con estays de acero,
cerca de la Torre del Agua.
Una galería de ladrillo suspendida entre dos edificios de
estilo
internacional, entre álamos y liquidámbar, sostenida
por...
nada, aparentemente. Y una urraca que vuela sobre los
álamos
como en busca de su propia sombra. Pero solo las cosas
reales dejan sombra. La estatua deja sombra. La galería
suspendida
deja sombra. Hasta los cristales de la galería dejan
sombras que son reflejos, reflejos de sombras, sombras
reflejadas. Pero ¿qué sombra dejaré yo, el espíritu sin
fundamento
de estos pasajes, de estas apariciones y desapariciones?
He hablado, he buscado, me he cansado en el mundo.
Pero el mundo
ha sido para mí como una fiesta vacía.

Nostalgia de lo que nunca fue. Cansancio de tanta belleza
innumerable. Irisación del tiempo en el arco del ciego
pensamiento.
Libación de abejas diminutas en el cristal transparente de
flores
anaranjadas, tenues y jóvenes como el misterio del mundo.
Y tú, ¿pasas, sombra mía? ¿Y te buscas en estas calles mil
veces
recorridas, más veces soñadas? ¿A quién buscas? ¿A ti
misma?
¿Acaso no sabes que no hay nada que buscar en este palacio
de pasos perdidos, en esta avenida de árboles y espejos?
¿Acaso no escuchas al fondo de las calles un cortejo
funeral?

Es el arpa de la Novena Sinfonía dibujando
su canto de cuatro notas. Sí, allí lejos pasa la Muerte. Tú
la ves
muy hermosa, adornada de granadas. Pero en realidad es
solo polvo,
mierda y silencio. Todas las cosas lejanas parecen
hermosas.
Pero solo son hermosas cuando están lejos.

La Torre del Agua se eleva con sus extraños mosaicos y
sus curiosos
arcos inscritos, sus ventanas circulares y sus materiales
fantásticos.
Tú recuerdas, quizá, la gran Arca de Agua de Alejandría.
Arquitectura de los ojos, sendas que viven girando
suavemente en la
interior coroides, Madrid en una lente. El interior del
párpado
es de color ciruela (dice Nabokov). Una urraca pasa
flotando
sobre un estay que brilla con un rizo-rizoma de glicina
enredado.
Entras en la Torre del Agua, y de pronto la vida es
aventura,
el tiempo un álbum de rocas, flores y animales, el aire un
clima
de una región más adolescente que adulta. Tales son los
encantos
del espacio, la multiplicación del día. ¡Estás, comprendes
entonces,
en una galería de exposiciones! Así termina todo, las casas
encantadas,
los jardines con tumbas escondidas, las salas de los
envenenadores.

Es posible que también transformen tu cráneo en una sala de exposiciones. Sería bonito con algunas caléndulas.

Pero, como eres dócil, entras y recorres las salas, que no te interesan. Hay folletos que no deseas, información que no necesitas y muchas, muchas normas estúpidas. Deberías salir de este lugar odioso. Hay que pasar por un arco. Un guardia de seguridad. Yo no pedí nacer. Yo no pedí entrar aquí. ¿O quizá sí lo pedí? No lo recuerdo.



Gustav Mahler: comienzo de la Novena Sinfonía. En el recuadro, las cuatro notas del arpa

2

PEQUEÑAS REBELDÍAS DEL SOLITARIO

En la exposición de la Torre del Agua, el solitario se siente atraído por una joven.

Mi nombre es Narciso. Todo lo que he visto desde que nací no es otra cosa que mi mismo rostro. Pero ¿cuál era el verdadero nombre de Narciso? ¿Hemos de creer

que se cayó, literalmente, dentro de sí mismo? ¿Que se
ahogó
en su reflejo? Cuando fueron a buscar su cuerpo, solo
encontraron
una flor amarilla al borde del agua... ¡Creyeron que esta
flor
era el muchacho! Pero nadie puede transformarse en flor.
Sería demasiado fácil. No es ese el estilo de la realidad.
Nada sucede
así en nuestro mundo.
Caballero, por favor, no se acerque tanto a las fotos, me
dice
un guardia muy aburrido. Y yo pienso en decirle algo
sobre su madre
o su hermana. Caballero, no se puede salir por ahí. Sí se
puede, digo yo,
mire cómo salgo. Es la puerta de entrada, caballero. Haga
el favor.
Compórtese. Si todos nos ponemos a hacer lo que nos dé
la gana...
Sería el paraíso, digo yo. Pero usted, claro, no podría
estar allí.
Seguiría aquí controlando la puerta de entrada y la de
salida.
Esto último no lo digo, solo lo pienso. Ah, si fuera posible
saltar al propio reflejo, hundirse en la infinita ilusión que
es uno mismo
y perderse en el vasto Reino, transformado
en tallo, cáliz, sépalo, corola, estambre, gineceo, polen,
rocío.
Me piden mi nombre y dirección y muchos otros datos
que yo
no quiero dar. Es para tenerme en su banco de datos, me
dicen,

información confidencial. La joven de la salida me mira
con una
mezcla de incredulidad y de lástima que resulta muy
sexy.
Me gusta su uniforme índigo, sus zapatos de tacón, su
chaqueta
entallada. Debe de tener una noventa y cinco, al menos,
letra C. Los labios
pintados de frambuesa. Las uñas, a juego. Me encantaría
ver su vagina. Esa V partida por la mitad. Esa partición
maravillosa.
Está allí, en algún lugar, pero celosamente guardada. Los
dos
sabemos que está allí, pero fingimos no saberlo. Imposible
siquiera soñar con ello. Salgo de nuevo a la luz. El día
feliz, la urraca
posada en el estay. Estoy vagamente excitado. Me vuelvo a
observarla.
Ella se mira las uñas, aburrida, la muchacha de la Torre
del Agua.
Entonces, de pronto, se vuelve, me mira, y en sus ojos hay
un rayo
lleno de oscuridad y de melancolía,
un rayo negro, una luz azul que se eleva
a través de mis pupilas en edificios de la Muerte
coronados de llamas. Veo su alma, un cisne
que vuela entre camelias. Esto, me digo, es la belleza,
este deslumbramiento, este terror. Esta ciudad
de sangre blanca, este árbol que llena todo el espacio,
del que caen lentas gotas de espuma.
O quam te memorem virgo?, pienso cuando ella
aparta los ojos. Hasta su aburrimiento es hermoso.
La urraca grita entonces. Grita desde la Realidad.
Entonces comienza.